UNIVERSIDAD DE BURGOS

DISCURSO DEL RECTOR

JOSÉ MIGUEL GARCÍA PÉREZ

Burgos, 26 de septiembre de 2025

Consejera de Educación de la Junta de Castilla y León
Rectores de las universidades de Castilla y León
Vicerrectoras de las universidades de Salamanca y Pontificia de Salamanca
Miembros del equipo de gobierno, defensora universitaria, rectores anteriores, decanos y directores de los centros de la Universidad de Burgos
Alcaldesa de Burgos
Presidente de la Excma. Diputación Provincial de Burgos
Directora de Universidades e Investigación
Doctor honoris causa por la Universidad de Burgos
Diputados y senadores
Delegado de la Junta de Castilla y León
Subdelegado del Gobierno
General jefe de la División San Marcial
Presidenta de la Audiencia Provincial de Burgos
Fiscal jefe de la fiscalía Provincial de Burgos
Arzobispo de Burgos
Presidente de la Cámara de Comercio de Burgos
Presidente de la Confederación de Asociaciones Empresariales de Burgos (FAE)
Miembros del Consejo Social
Fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado, autoridades eclesiásticas
Tejido social, empresarial y sanitario
Queridos alumnos,
Compañeros, claustro de doctores, personal docente e investigador
Personal Técnico de Gestión y de Administración y Servicios
Señoras y señores,

Muchas gracias por acompañarnos en el acto de apertura del curso 2025-2026.

Gracias a los profesores y al personal técnico, de gestión y administración y servicios por su esfuerzo y dedicación a lo largo del curso pasado, y por el que realizarán en este. Enhorabuena a las personas que se acaban de incorporar a nuestra plantilla y a las que han promocionado. Nuestra esperanza y exigencia en su desempeño es inmensa. Y como no, a los que han recibido las medallas, y de forma especial a las que se han jubilado, gracias por el inestimable servicio prestado. Felicidades, asimismo, al profesor José María Caballero, por su magnífica lección inaugural que nos ha ofrecido una reflexión sobre la nueva naturaleza jurídica de los animales y sus implicaciones en el Derecho y en la sociedad.

En este contexto de agradecimientos, quiero dar una calurosa bienvenida a los más de 3.200 nuevos estudiantes de grado y máster, de los que 6 de cada 10 provienen de fuera de nuestra provincia, y que suponen un incremento del 20% en la entrada a los grados respecto al curso pasado.

El acceso a la universidad viene acompañado de ilusión, entusiasmo y expectativas. Trabajaremos con empeño para que se vean satisfechas. Nuestra institución les brindará una formación teórica y práctica sólida, oportunidades de movilidad en entornos europeos e internacionales —también para quienes comienzan en primer curso, gracias a nuestra alianza de europea de universidades RUN-EU—, acceso a prácticas en empresas, programas de voluntariado, actividades deportivas, formación gratuita en idiomas y una amplia oferta formativa paralela en ámbitos tecnológicos y de gestión. Todo ello con el único propósito de que desarrollen al máximo su potencial profesional y humano. Como saben, el objetivo último de nuestra universidad es contribuir al desarrollo socioeconómico de Burgos y su provincia, contribución que depende, en gran medida, de las capacidades que desarrollan nuestros estudiantes, ahora y a lo largo de toda su vida, en un entorno cada vez más cambiante y exigente.

Quienes ya tenemos cierta edad recordamos haber sufrido reiteradas predicciones apocalípticas. Una de las más conocidas fue la anunciada por Malthus: la inevitable escasez de alimentos. Sin embargo, ese horizonte de hambruna se desvaneció un siglo después cuando Haber y Bosch transformaron el nitrógeno del aire en amoníaco, este en fertilizantes y, con ello, una disponibilidad prácticamente ilimitada de alimentos. También se nos advirtió de futuras guerras por el control de los recursos minerales, que pronto serían reemplazadas por otras por el agua dulce. Hoy el agua es, sin duda, un problema, pero cuenta con soluciones tecnológicas sencillas, como la desalación del mar y el reciclado integral. También vivimos la alarma del año 2000, cuando se preveía el colapso informático mundial, y ahora asistimos a la inquietud por el control de las tierras raras, esenciales para la tecnología y la obtención de energía limpia. La enseñanza que nos deja esta historia es clara: las soluciones a los problemas siempre han venido, y vendrán, de la mano de las personas y de sus capacidades.

Es aquí donde quiero detenerme. El desarrollo socioeconómico —objetivo compartido por nuestra universidad, las administraciones, la industria y el sector servicios— está ligado de forma inequívoca a las personas: a su capacidad, a su retención y también a su atracción desde entornos cercanos y lejanos. Su carencia, hasta hoy, nunca se consideró como un problema. Sin embargo, el éxito de cualquier sociedad depende de contar con un número suficiente de ellas, de aprovechar plenamente su potencial,

su trabajo y de sus proyectos de vida. Esta es la batalla que nos corresponde librar, que exige decisiones tanto defensivas como ofensivas, y que nos implica a todos.

Conscientes de la urgencia del desafío, cabe preguntarse: ¿qué podemos hacer desde todo el sistema educativo para retener, captar y atraer personas, y muy especialmente desde la formación profesional y la universidad? Aunque no me gusta nada mirar al pasado, a veces, para afrontar el futuro es conveniente conocernos y entender lo que somos, nuestras fortalezas, muchas, y debilidades, algunas.

Permítanme que me detenga en la universidad española de mediados de los años 80 del siglo pasado, donde muchos de los que estamos aquí nos formamos. Era un sistema mayoritariamente público, con aulas masificadas, pero lleno de oportunidades, que garantizaba una formación homogénea y de calidad en cualquier titulación y universidad del país. Un sistema muy económico para el Estado, sólido en lo académico, que permitió a la Generación X, con independencia de su origen, desarrollar su potencial, gracias también al apoyo de becas. Era un modelo de excelencia y de igualdad de oportunidades, sostenido por la profesionalidad y entrega de su profesorado. Hoy, en 2025, nos deberíamos plantear como país cuál es nuestro modelo de universidad.

Personalmente creo que hemos perdido un poco el rumbo, dejándonos arrastrar por los cantos de sirena de rankings como el volumétrico de Shanghái, que responden a un esquema norteamericano donde los estudiantes se dividen en categorías —de primera, segunda, tercera… décima—. No creo que ese modelo elitista nos convenga. Prefiero la inspiración de esa universidad de calidad contrastada y homogénea, que fue y sigue siendo motor de progreso y cohesión social.

Para poner las cosas en perspectiva: las universidades de Stanford y el MIT, con unos 30.000 estudiantes —como Salamanca—, cuentan con un presupuesto anual de unos 13.000 millones de euros, es decir, unos 3.000 millones más que la suma del importe de las matrículas y las transferencias corrientes que recibe el conjunto de las universidades públicas españolas para más de 1,3 millones de estudiantes. El contraste es evidente: unos 420.000 euros por estudiante y año en Stanford o MIT, unas 50 veces más que en España. Y, paradójicamente, en esas universidades norteamericanas trabajan más de un centenar de profesores e investigadores españoles, prueba del prestigio de nuestra formación.

La percepción exterior de nuestro sistema es muy buena, como lo es en general de nuestro país, pero como todos sabemos estamos contagiados con ese complejo de inferioridad que supone un lastre del que es hora ya de que nos vayamos desprendiendo. Nuestro modelo uniforme, de gran calidad y bajo coste, está hoy amenazado por esa lógica elitista. Es como sustituir la dieta mediterránea —saludable y equilibrada— por hamburguesas, mantequilla y crema de cacahuete. Corremos el riesgo de pasar de una universidad básicamente pública, ascensor social y garante de igualdad de oportunidades, con un sector privado reducido y elitista, a un sistema donde es la universidad pública la que se convierte en la elitista, marcada por notas de acceso tan altas que condicionan vocaciones y empujan a muchos hacia la oferta privada, limitando la deseable libertad de elección entre el sistema público y el privado, favoreciendo el segundo. Y la causa la encontramos en la financiación, claramente insuficiente. Las transferencias corrientes a las universidades públicas son escasas y muy sensibles a las crisis económicas.

La LOSU establece como objetivo destinar un 1% del PIB a las universidades públicas, pero conviene precisar que ese porcentaje debe calcularse sobre las transferencias corrientes y, en todo caso, sumando

las matrículas. No puede incluir los fondos finalistas de investigación que se obtienen con fines ya comprometidos tanto en convocatorias competitivas como de contratos con empresas. La realidad es que hoy solo estamos un poco por encima de la mitad de ese objetivo. También en la universidad debemos mirarnos en el espejo. Reducir el tamaño de los grupos era necesario, pero hacerlo en exceso eleva los costes y, lo más grave, no mejora la formación de los estudiantes. El acceso a la universidad no está exento de problemas, la Selectividad, EBAU, PAU, o como se llame en el futuro, conlleva problemas internos de equidad y hace que se pierda gran parte del segundo curso de Bachillerato en preparar la prueba, un tiempo innecesario con los sencillos mecanismos de normalización de resultados. Nuestros jóvenes merecen un año completo de formación. Antes la selectividad no se preparaba en los institutos y no era obligatoria para diplomaturas ni ingenierías técnicas, igual que hoy tampoco lo es para los excelentes alumnos procedentes de la Formación Profesional Superior, que sin mirar al pasado bien puede servir de ejemplo de futuro.

Nuestra apuesta debe ser una universidad pública bien financiada, integradora y no segregante, con plazas suficientes para formar a lo largo de su vida laboral a todas las personas que necesitaremos en el futuro próximo y que hoy mismo ya necesitamos. Una universidad inclusiva, que no desperdicie talento y que genere retención, atracción y oportunidades de vida en nuestro entorno.

El sistema educativo en nuestra tierra, en todos los niveles, querida consejera, es ejemplo de buen funcionamiento, y la universidad debe no solo mantener sino potenciar su papel como ascensor social, sin renunciar a la excelencia. Para ello, es necesario reorientar la obsesión por los rankings, que nos deben servir para mejorar, y centrarnos en la calidad del sistema: más plazas, mejor financiación basal, criterios de evaluación generales y que ponderen la igualdad de oportunidades y el impacto social.

Más allá de estas consideraciones, la Universidad de Burgos ha demostrado su fuerza, capacidad de atracción e impacto en el entorno avanzando firme bajo su propia hoja de ruta. Este impacto va mucho más allá de los 252 millones de euros aportados al PIB provincial por nuestra actividad directa e inmediata, porque los más de 41 millones de euros en contratos con empresas y proyectos competitivos en ejecución, que incluyen 46 proyectos europeos, los más de 400 investigadores y técnicos contratados con estos proyectos, los más de 1800 empleos directos, y cada persona formada que se ha incorporado a trabajar y vivir en nuestro entorno, tienen un impacto a largo plazo inconmensurable.

En este sentido, el maridaje con las instituciones locales y regionales, Ayuntamiento, Diputación y Junta de Castilla y León, con la industria, con el sector servicios y el comercio, y con el tejido asociativo, es crítico. Nuestra respuesta a las necesidades que surjan debe ser rápida y coordinada. Fruto de esta cooperación, en cuatro años los primeros graduados en Matemática Aplicada y Computación estarán preparados para integrarse en nuestro tejido productivo aportando su competencia en ciencia de datos y en inteligencia artificial.

Y en un año comenzará el Grado en Medicina. La comisión encargada de su elaboración, integrada por miembros internos y externos a la Universidad de Burgos, ha trabajado incansablemente. Agradecemos especialmente a la decana de Ciencias de la Salud, al Decano saliente de la Facultad de Medicina de la Universidad de Valladolid y al presidente del Colegio de Médicos de Burgos su dedicación, así como al resto de los miembros de la Comisión por su colaboración y espíritu de entendimiento. No podemos olvidar el apoyo de la Junta de Castilla y León, de las consejerías de Sanidad y Educación y de la Diputación, cuyo empeño ha sido decisivo para que este proyecto salga adelante.

El Grado en Medicina se consolidará como un programa de referencia, incorporando las últimas tecnologías sin perder el enfoque humano, y contribuirá de manera decisiva a mejorar la atención sanitaria en los tres grandes hospitales de la provincia, en la Atención Primaria y, en definitiva, en la calidad de vida de nuestros ciudadanos.

Respecto al Ayuntamiento de Burgos, en este curso debemos reforzar, aún más, nuestra relación. Nuestra cultura industrial es fundamental para nuestro presente y futuro, y queremos colaborar con la iniciativa Burgos Industria, de enorme relevancia, llevándola a nuestras aulas, con la incubadora de empresas en el marco del hidrógeno verde y de las energías renovables, gran acierto estratégico, y con el valle del hidrógeno, por poner algunos ejemplos. Queremos, además, continuar con las demás colaboraciones, querida alcaldesa, y poner nuestro granito de arena en todo lo que se nos requiera.

Del mismo modo, aspiramos a seguir trabajando con los ayuntamientos de Aranda y Miranda. Sus ciudadanos se beneficiarán, sin duda, de la implantación del Grado en Medicina. Paralelamente, podemos abordar retos vinculados con sus entornos industriales y sociales, con títulos oficiales y propios, así como con otro tipo de iniciativas, para lo que estamos abiertos a un diálogo natural, directo y alejado de presiones y medios.

Con la Diputación Provincial, querido presidente, colaboramos asimismo en diversas líneas estratégicas que ya se concretan, por ejemplo, en nuevos cursos de verano, programas culturales o de formación en inteligencia artificial para la administración local. Todo ello forma parte de un largo conjunto que queremos potenciar con propuestas, por ejemplo, de desarrollo de iniciativas empresariales en entornos rurales y urbanos. Para ello, estamos trabajando en la obtención de fondos para proyectos singulares, siempre contando con las administraciones y con la colaboración de las entidades y fundaciones bancarias, con FAE y con la Cámara de Comercio. En este sentido, quiero destacar la colaboración con Santander Universidades en la promoción del emprendimiento, movilidad, ayudas al estudio y a la investigación, empleabilidad y formación en idiomas.

Finalizo con una ilusión, un agradecimiento y un reto: La ilusión de que el próximo año este acto se desarrolle bajo un nuevo marco estatutario que nos provea de una estructura renovada, innovadora, ágil, y con capacidad de adaptación, de acuerdo con el programa de gobierno que hace un año presentábamos a la comunidad universitaria que después validó en las elecciones al rectorado; el agradecimiento por acompañarnos en este acto tan emblemático; y el reto de que las expectativas se cumplan y que los problemas se domen y dobleguen.

Muchas gracias.